

El gabinete de las confidencias

Me parece que es en Jerusalén donde existe el muro de las lamentaciones cuya función es bien clara. Entre nosotros cabe hablar de un gabinete de las confidencias cuya situación incide en derecho con nuestros trenes de recorrido regional, sobre todo en las horas crepusculares, y, con mayor motivo, si la instalación de las luces sufre las consabidas deficiencias.

En la penumbra, adivinando confusas siluetas de indígenas con gorra y americana de pana, sobre el monótono trepidar del «ligero», atrás las luces de la ciudad y en torno el embrujo del día que muere, uno va captando diálogos y monólogos altisonantes en los que el afán de afirmar la personalidad y el anhelo de conseguir una ventajosa posición en el aprecio del prójimo son psicológicamente las notas más destacadas.

Son pequeñas historias, retazos de vida, páginas aisladas en la trayectoria del narrador que, acaso, debidamente aliñadas, convertiríanse en base para argumentos de mayor enjundia. Y tentado estuve a veces de emborronar unas cuartillas con un puzzle de relatos al modo neorealista, imitando la gracia de un Cecil Roberts y siguiendo el consejo de Mhaugam, según el cual para describir un cordero no es preciso comerlo entero sino solamente degustar el nutricional sabor de una chuleta.

Las historias, los relatos, el diálogo, varían según el acontecer circundante. El Martes y el Viernes, por ej., días de Lonja en Barcelona, enfocan claros derroteros mercantiles. Se inician con una monotonía de cifras y cotizaciones, y pronto, muy pronto, abren paso al esponjamiento paulatino de los interlocutores hasta desembocar en sinceridades y fatuidades. Es decir hasta terminar en anécdotas concretas y realistas, o neorealistas, más o menos novelables.

Si el alumbrado funciona bien, estas confidencias se llevan en tono susurrante, en monótona cadencia de voz que truncan de vez en cuando las toses o las carcajadas. Si la iluminación está fallando ocurre que estos diálogos olvidan la presencia de los otros viajeros y hablan sin la menor discreción.

Hombres que en su vida corriente son dechado de prudencia y de cordura, y hasta de medrosidad, no sólo desembuchan delicadas cuestiones domésticas y valiosos secretos profesionales, sino que incluso, en una exaltación de egocentrismo semibáquico, sueltan fantasías y quimeras pretendiendo revestirlas de la más idónea corporeidad.

Creyó que con sus confidencias se estaba ganando mi amistad y lo que logró fué crearse un enemigo. Yo no entendía nada de esta mercancía. Me dijo como compraba, como vendía y lo que ganaba con ello, me tentó y le estoy quitando la clientela.

Es una frase auténtica recogida en uno de mis desplazamientos de la ciudad a la aldea. Una frase confidencial con todas las características de endiosamiento y bobaliconería comentadas; pero, de paso, con un valor testimonial considerable cuando indica las consecuencias que pueden derivarse de un simple diálogo sin control.

¿Por qué el tren provocará este fenómeno de extraversión? Pudiera ser que nuestros comerciantes de ahora — me refiero a los intermediarios éstos que viajan en tren —, nacidos en circunstancias excepcionales, no tuvieran las cualidades que el sentido común suele asignar a esta rama de la economía regnícola. Que fuera algo así como estos hongos del bosque que se hinchan, se hinchan, sacan en su madurez un polvillo evanescente y luego se esfuman como la espuma del mar. Que en ellos, la situación alcanzada en unos años de río revuelto, no sea motivo de estudio y superación sino ocasión de vanidad, de fatuo engreimiento, como el de aquel fanfarria que se creyó inteligente porque poseía un décimo del «gordo» de Navidad.

El caso es que confidencias como las que uno oye en el tren, no creo que puedan ser superadas más que en el confesionario. No hay médico ni abogado que puede vanagloriarse de conocer a su cliente tan al desnudo como cualquier medianejo observador que haya coincidido con este individuo X en un viaje en tren, con semipenumbra y algunas horas por en medio.

Las mujeres cuentan un sinfín de interioridades familiares, amontonando ropa sucia sin acusar la más leve fatiga. Los labriegos ponderan su riqueza o su pobreza — según donde les dé el aire — en versiones desenfadadas, pintorescas, pueriles y hasta estúpidas a veces. El propietario rural cuenta grandezas y proyectos como si el tren estuviera rodando sobre tierras de su feudo. Y cuando termina el trayecto de cada uno es como si amaneciera de un estado de embriaguez y el mundo les hubiera elegido por unos momentos como centro de su rotación incesante.

Quizá una de las maneras de acabar con el descontento de las gentes es organizar periódicos y masivos viajes en tren, en las condiciones confidenciales requeridas. Porque, claro, ahora me doy cuenta, estos trenes regionales no son solamente una especie de droga de la verdad, sino que también un factor de optimismo muy considerable.

A más luz, más prudencia. Si falla la iluminación, la indiscreción es segura. Y luego la fatuidad, y, al fin, la euforia más exultante.

Antonio Miralles Manresa